

LA LLAMA DEL VACÍO

Entramos en Ca l'Humà, una gran casa solariega de Púbol construida en el s. XVII y que, después de años deshabitada, se restauró para albergar el estudio-taller de Caterina Roma.

Una mano esculpida en piedra corona la puerta de entrada y, al otro lado, un universo de tierra, agua, fuego y aire.

Los elementos de la naturaleza se expresan dando forma esta vez a piezas de cerámica. Piezas en las que dialogan la búsqueda de la excelencia en la disciplina y el azar. Piezas creadas en el torno de pie, con un vínculo con la función y el uso primitivo de la cerámica, esa tecnología olvidada que estuvo allí, aquí, desde el principio. Y que ha sobrevivido entre las artes, quedando en tierra de nadie, gracias a su humildad, la humildad de la materia.

Caterina acompaña a la materia, recoge su propia arcilla, procesa rocas y plantas para hacer esmaltes y cuece sus piezas en un horno de leña. «Es una manera de acercarme a la sensibilidad esencial, a una belleza salvaje».

Y sobre belleza es justamente sobre lo que queríamos invitarle a reflexionar en estas páginas.

Casualidades o no, expone en una de las salas de Ca l'Humà *Kintsugi, de lo bello a lo sublime*, un conjunto de piezas que representan la filosofía-técnica japonesa del kintsugi, que Caterina aprendió en un pequeño taller de Osaka en 2012.

Como ella explica «el kintsugi convierte la desgracia en ventura, en armonía, en magnificencia. La pieza reparada transmite la poética del paso del tiempo y las vicisitudes de la vida. El kintsugi es a la vez la promesa de un futuro más rico, más complejo, más bello: el pasado nunca podrá ser tan hermoso».

Caterina aceptó con una sonrisa nuestra invitación. Aquí os dejamos con sus reflexiones acerca de la belleza, sus grietas y sus momentos de resignificación.

Intro: Elena NIU
Fotografies: Caterina Roma

Cançó triada per l'autora:
El cant de la Sibi.la
JORDI SAVALL, MONTSERRAT FIGUERAS



RETORNO A UNA BELLEZA ESENCIAL

Caterina Roma

Ceramista

La belleza, tal y como la percibe el ojo, es distinta a la belleza que percibe el corazón. Este principio del arte oriental implica revolucionar la concepción occidental contemporánea de una belleza estereotipada y banal, que nos llevaría de vuelta a los orígenes griegos de la estética, estrechamente vinculada a la armonía. Una belleza plena, y no únicamente visual, percibida por los sentidos y que apela a la sensación. Una belleza que se convierte en principio extático, camino a la trascendencia, ya que no hay belleza sin éxtasis.

¡Qué diferente de esa belleza superficial, convencional, que genera sentimientos de carencia e insatisfacción!

Esta belleza que conmueve, que eleva el espíritu, independiente del deseo y la posesión, es una necesidad básica del ser más humano. De hecho, en todas las distopías y regímenes totalitarios más feroces, es un principio que hay que excluir, peligroso, porque apela al corazón y a la mirada única de cada individuo.

Así las cosas, la búsqueda de la belleza esencial es hoy un principio transformador.

En las afueras del arte

Expulsada a lo largo del s. xx de su lugar central en el arte, la belleza ha quedado relegada a un papel incómodo. La belleza como comunión, contemplación, trascendencia, que impulsaba a los artistas e inspiraba a las personas, ya no es un valor social.

El arte hace tiempo que dejó de ser necesariamente bello, arquetípico, inspirador, para ser contestatario primero, supeditado a la ideología más adelante, hasta llegar hoy a un concepto especulativo, arbitrario, necesariamente rompedor de una tradición en la que ya apenas queda nada por romper. El arte contemporáneo pretende arrebatarse al observador la capacidad de discernir qué es y qué no es una obra de arte. El arte de hoy tiene que ser chocante, escandaloso, socarrón... ¡pero jamás bello!

En un mundo de deshumanización progresiva, de digitalización, de empobrecimiento espiritual, el arte como elemento inspirador es más que nunca necesario porque nos despierta a un sentido universal, ese sí verdaderamente subversivo, porque cae fuera de las garras del pragmatismo.

« Sin referentes espirituales, en nuestro mundo ya no hay un camino trazado a la trascendencia. Y en este vacío, la belleza es un puente, pues tiene implicaciones más allá de uno mismo que lo vinculan a la naturaleza, al espíritu. »

El alma de lo bello

«Si hay algo por lo que vale la pena vivir es para contemplar la belleza». Platón, *El Banquete*.

Sin referentes espirituales, en nuestro mundo ya no hay un camino trazado a la trascendencia. Y en este vacío, la belleza es un puente, pues tiene implicaciones más allá de uno mismo que lo vincula a la naturaleza, al espíritu. No es un principio estático, sino que implica una búsqueda, un refinamiento de uno mismo, un camino de consciencia. Nos lleva a discernir lo que es esencial de lo que es superfluo. Lo que es afectación de lo que es fundamental.

Ésta era la percepción en la Grecia clásica: la verdadera belleza es la forma exterior de la actividad del alma.

La luna en un cuenco

«Las artes del Extremo Oriente [...] presuponen no solo el talento artístico sino una actitud espiritual, adquirida a través de largos años de práctica en el ejercicio de la concentración, que permite al alumno experimentar en carne propia aquello de lo cual depende: lo esencial e intrínsecamente inexpresable, lo Absoluto, el espíritu mismo». Gustie L. Herrigel, *El camino de las flores*.

Las bellas artes —un concepto que curiosamente ha evolucionado para referirse casi exclusivamente a las artes plásticas— resultaron para mí una forma de avanzar hacia ese principio de sensibilidad. La cerámica es una disciplina tradicionalmente pobre, terrenal, que habita en un paraje sin amparo, gracias a lo cual campa a sus anchas y permite explorar, experimentar, para redescubrir su belleza austera, humilde pero grandiosa: barro salvaje recolectado en la montaña, cenizas, piedras, largas cocciones con leña. Un oficio de transformación en el que participan todos los elementos naturales —tierra, agua, fuego, aire— y que requiere dedicación, escucha, paciencia, espera, contemplación...

Y todo ello para convertirlo en un objeto que retorne la experiencia de lo bello a la vida cotidiana. Una pieza sencilla, destilada de belleza, para quien quiera recibirla. Una forma de compartir un camino de búsqueda a través del objeto más sencillo, como puede ser un cuenco de té.



KINTSUGI

El *kintsugi* se popularizó en Japón en el siglo XVI, junto con el desarrollo de los principios estéticos del *wabi sabi* y el *wabi cha*, vinculados a la ceremonia del té. Durante este periodo se confería gran importancia al tipo de recipiente para tomar el té, que tenía que ser simple, humilde y mostrar cualidades de profunda significación.

El *kintsugi* (*kint*, oro; *sugi*, reparación) convierte piezas de cerámica en metáforas que traspasan la frontera de lo bello para entrar en el territorio de lo sublime: trascendente, conmovedor, con un sentido profundo más allá de lo inmanente del material y su forma.

Piezas cocidas en horno de leña durante días y noches, que se han roto durante la cocción, por un impacto o por alguno de los muchos azares en los que la vida golpea. Los fragmentos se han guardado durante años debido a su belleza intrínseca. Con el *kintsugi* renacen a una vida enriquecida por las cicatrices de su pasado, que se convierten en fuentes, en ríos, en paisajes de oro que tienen sentido por sí mismos y en el contexto de la pieza que los recoge.

Existe un delicado equilibrio entre las cualidades in-materiales y materiales de las piezas reparadas con *kintsugi*: es imposible separar su aspecto visual de la resonancia emocional que proyectan. No volverán a ser lo que fueron, pero su sentido es ahora profundo como nunca lo fue.





«Aquí no importa tanto lo que el entendimiento capta sino lo que el sentimiento siente».

Immanuel Kant, Observaciones acerca del sentimiento de lo bello y de lo sublime (1764).

«La belleza con un significado implícito no es esa belleza que el creador muestra al observador, sino la que promueve la expresión de la belleza interior de quien admira la obra. En este sentido, es aquella que convierte al observador en artista».

Sôetsu Yanagi, *El artesano desconocido* (1972)

